

Psicología de la información en Martín-Baró

Giovani Meinhardt*

El psicólogo social salvadoreño Martín-Baró ha considerado, en la extensión de su obra, el carácter de la información, su manipulación ideológica y la cualificación cotidiana por parte de la opinión pública. Las influencias, los dominios, las autorizaciones y desautorizaciones de la información en los múltiples contextos de la vida latinoamericana constituyen la tónica de este trabajo.

La información destorcida

El poder establecido, cuando es abusivo, actúa en beneficio de sus intereses. Como ejemplo voraz del poder sin límites se apunta la información enmascarada por el dinero, como un ente que orienta el mundo de la vida. La indiferencia del mercado en relación a la población es encubierta por una persuasión que consiste en la unificación del pensar de todos según la perspectiva del poder. Una de las estrategias de la permanencia del poder en función de la minimización de conflictos es la producción de una especie de influencia psicológica masiva a través de los medios de comunicación¹. Independiente de los artificios utilizados para conformar los pensamientos en un monismo que no tenga conciencia de sí mismo, el poder se vuelve una autarquía, es decir, una acción humana de carácter absoluto, condicionada por su autosuficiencia

- * Psicólogo y maestro de Filosofía Política por la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS), en São Leopoldo, Brasil. Psicólogo escolar del Instituto de Educación Ivoti. Consultor del Consejo Editorial de la editorial Nova Harmonia. Autor del libro *Solipsismo moral* y organizador de la obra colectiva *Alteridad peregrina*, entre otros artículos publicados sobre interculturalidad y psicología del conflicto.
1. Martín-Baró (1989a, p. 6) constata en lo cotidiano una especie de "guerra psicológica a través de los medios de comunicación masiva", alertando sobre la importancia de la comunicación en tanto generadora de paz, como también fuente de mentira institucionalizada.

y por medio de la idea de una sustentabilidad² predicada por el neoliberalismo. El diálogo, cuando existe, es conducido con una dosis de falsedad. Los individuos que ocupan el poder creen, convenientemente que ellos existen independientes de la presencia de los otros³. Ese poder es un solipsismo práctico, esto es, que se hace premeditadamente indiferente a la comunidad. De ese modo, la omnipotencia del poder separa a las personas en función de su ausencia de respeto, cultivando la indiferencia como instancia defensiva suprema⁴. El culto del poder realizado por individuos o grupos quiere hacer de su “subjetiva” realidad⁵ una totalidad incuestionable, pues el deseo de poder tiene como característica propia su permanente insatisfacción, adicionada a la apatía por el prójimo.

En lo cotidiano, donde la escasez de recursos amenaza la vida, el espacio vivido

se transforma en toda su superficie concreta. Según el psicólogo social Martín-Baró (1989a, p. 127), el monismo del poder hace que “los controles y la propaganda ideológica penetren e impregnen hasta el último rincón de la convivencia, incluso el más privado”. Atingir la convivencia de manera privada significa fundamentar el dominio ideológico sobre el psiquismo de la opinión pública⁶, con el objetivo de que ninguna diferencia se manifieste entre individuos, entre grupos humanos y la población en relación al poder soberano. La convivencia es posterior a la coexistencia y, en ese sentido, el control es ejercido en un primer momento individualmente y dialécticamente automatizado socialmente, pues a través de la propaganda se ataca, primeramente, a cada uno y, después, a todos los individuos con cohesión⁷, en una tenaz difusión de la información, y eso independiente de la veracidad

2. Raúl Fonet-Betancourt (2007, p. 32) analiza de manera tenaz que “la sostenibilidad indica ante todo el problema de la insostenibilidad de aquello que hoy hacemos y de lo que nosotros somos”.
3. El poder se constituye en un proceso antiliberalizador. La dinámica de ese poder es explicitada por Maritza Montero (2005a, p. 425) como sigue: “Al rechazar al otro, al excluirlo, el uno recibe la sumisión o el ataque de ese otro, ejerciendo, en el primer caso, su poder; y en el segundo, enfrentándolo para tratar de eliminarlo. La libertad del uno residiría, entonces, en la ausencia del otro, en su desaparición, en su aniquilación o, al menos, en su sumisión o condición de sometimiento. Esa ontología del egoísmo conduce a una filosofía y a una práctica del poder”.
4. Según Hinkelammert (2002, p. 327), la expresión “guerra psicológica” no necesita ser literal, pues “la guerra psicológica que, por lo menos en el Tercer Mundo, es omnipresente trata de convencer a los seres humanos hechos superfluos de que, efectivamente, lo son —con la consecuencia de destruirse mutuamente, en vez de ser solidarios entre ellos—”. Existe la guerra, ahí mismo donde no la reconocemos. El ejercicio de maximizar lo cotidiano significa una observación más apurada, explicitando la destrucción del ser humano como extraña estrategia de vida que en verdad apunta hacia la muerte.
5. Afirmamos que la realidad del poder es extremadamente subjetiva al representar una diminuta parcela de la realidad social, tornándose en una legislación antagónica a las necesidades reales de la población. La falsa universalización del poder y su consecuente imposición son prácticas ya banales, y sus tonos dramáticos se perciben cómicos en la aceptación fatalista de la mayoría de las personas. Magistralmente, Martín-Baró (1973, p. 354) señala que “la verticalidad estructural en cuanto a los mecanismos de poder y la percepción personificada de este poder pueden llevar a la consideración de las normas y leyes, no como reglas con una finalidad objetiva, surgidas de la necesidad social, sino como emanación de la persona en el poder y, por tanto, sujetas a su voluntad y arbitrio”.
6. Conforme a la ponencia póstuma leída en el XV Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, la “opinión pública no puede ser concebida como un simple estado de la conciencia colectiva de una población; lo que se entiende por opinión pública supone un grado de formalización refleja, en el sentido de una toma de conciencia sobre la cual las personas piensan o sienten como miembros de una colectividad o grupo social. Y, en la sociedad contemporánea, esta formalización depende en buena medida de la labor de los medios de comunicación masiva” (Martín-Baró, 1989b, p. 1083).
7. La dimensión deshumana que la comunicación puede presentar también está en el orden de la psicopatología del aprendizaje, una vez que muchos individuos absorben pasivamente lo que aparece ante sus ojos. “No temo afirmar que la propaganda, tal como se desarrolla en la actualidad, es un recurso tan inhumano como lo puede ser la guerra e incluso más” (Martín-Baró, 1968, p. 373).

o necesidad de su contenido⁸. En ese sentido, como atesta el célebre geógrafo brasileño Milton Santos (2000a, p. 64), la “cultura de masas, denominada *cultura* por ser hegemónica, es adversaria de la conciencia”. El estado de conciencia es plasmado en el sistema capitalista que diseña el mundo como presunta cultura destinada a ser consumida, delimitando de manera estrecha las personalidades.

En la actualidad, un ejemplo de manipulación del humano son las novelas⁹ nocturnas brasileñas que ejercen en la gente una fascinación y una expectación diaria. Cada capítulo provoca un suspenso que lleva al espectador al deseo de no perder el episodio de la noche siguiente. Durante el día, las personas se ocupan en comentar sobre la ficción¹⁰ que las novelas proporcionan y se olvidan de la realidad que viven. Esa terapéutica enferma es inmovilizada y contribuye a la permanencia de la conciencia ingenua. La vida humana es, así, situada en el entretenimiento propiciado por los medios de comunicación, objetivando la imposibilidad de negación o cuestionamiento de la técnica persuasiva. La población va

dislocando su tiempo para otro tiempo, y se informa con acontecimientos que desvían del foco de sus problemas y de la resolución de los mismos. Están sedientos por informarse sobre las noticias que están fuera de sus necesidades más importantes. La inmediatez televisiva¹¹ se transfigura irónicamente en necesidad y confort para las preocupaciones individuales y colectivas.

El consumo de informaciones que no informan y que ocasionan la evasión de la crítica de la realidad mantiene a las personas informadas acerca de un tiempo para ser propulsoras de alienación e inseguridades¹². Los medios de comunicación amparan “una interesada libertad de expresión, no solo criban y seleccionan aquella información que beneficia inmediatamente los intereses dominantes, sino que incluso deforman, falsean y hasta calumnian impunemente a todo grupo o acción que contradiga sus intereses” (Martín-Baró, 1981a, p. 161). Los medios de comunicación ocupan el espacio mental con informaciones que retiran de la realidad la seriedad, esto es, el comprometimiento

8. Martín-Baró (1983, p. 1020) analiza la violencia del poder, que no respeta la propia lógica racional, concluyendo que muchas veces existen fuertes inconsistencias para la justificación de sus propios objetivos. Por eso, “no se trata de una cuestión de argumentos, sino de intereses creados; que no es asunto de razones, sino de poder”.
9. Lo mismo que las novelas puedan ser consideradas arte, el estado de la cuestión nos confronta analíticamente con la ideología detrás de un programa televisivo, productor de un divertimento que favorece el acogimiento de ideas dominantes que se alejan de la crítica y de los desafíos diarios.
10. Las novelas brasileñas son solamente un ejemplo entre tantos de “ficción que representa asumir una homogeneidad axiológica al interior de una sociedad y, incluso, al interior de un mismo sector social” (Martín-Baró, 1986b, p. 64).
11. La subjetividad es expuesta reiteradamente a los efectos televisivos. Como dato ilustrativo, un estudio realizado en 1987 por el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) comprobó que en el área metropolitana “61% de las personas ve algún noticiero televisivo cada día, y un 29.1% adicional lo ve 3 ó 4 veces por semana o *de vez en cuando*. Es decir, que 9 de cada 10 habitantes de San Salvador ven algún noticiero de televisión varias veces por semana” (Martín-Baró, 1988a, p. 40). Para el historiador Hobsbawm (2000, p. 32), el “efecto televisivo es, en cambio, inmediato, pero al mismo tiempo incontrolable”.
12. Hoy, más que nunca, la guerra psicológica posee diversas connotaciones represivas y técnicas a veces poco visibles. No es solo el miedo lo que inmoviliza al ser humano, sino también la seducción y ocupación de la imaginación para la producción de deseos de consumo y estilos de vida. Las persuasiones son más sutiles y procuran ocupar las mentes y los corazones. Martín-Baró (1988a, p. 33) enfocaba principalmente la inducción y el miedo: “Es un error pensar que la guerra psicológica se limita a acciones de propaganda; (...) sus mecanismos incluyen tanto las campañas propagandísticas como las acciones de amedrentamiento y aun de causar terror. El recurso principal de que se vale la guerra psicológica es la inducción del sentimiento de inseguridad en las personas y grupos”.

social y su aspecto reflexivo. La seriedad es sustituida por la diversión¹³ propiciada por los medios de comunicación. Se presenta una gama de informaciones que no tienen ninguna identificación con las reales necesidades de la población. “Así, el pueblo ni encuentra en ellos un canal para sus problemas y aspiraciones, ni tampoco una fuente de información sobre la realidad” (Martín-Baró, 1981a, p. 161). Mantenerse informado sobre temas que desvían del crecimiento comunitario y personal es, en la perspectiva del poder, una especie de estabilidad social.

Los individuos que osan criticar la *información que nada informa* acaban siendo acusados de orgullosos por los autores y transmisores del medio técnico-informacional. Según el filósofo brasileño Vieira Pinto (2005, p. 446), la utilización del término “informado” hace del humano un objeto de uso, queriendo “indicar la infusión de informaciones, en carácter pasivo (...) a fin de obtener la completa anulación de la personalidad”. La obliteración de la personalidad mediante las técnicas de información atinge al ser humano en la tentativa de esa misma técnica a permanecer como comando de regulación. La información torcida ejerce una intencional domesticación mental, significando presunto dominio para un *conformismo* que niega la presencia de las necesidades sociales. Ocupando las mentes de las personas, “el sistema técnico dominante en el mundo de hoy posee otra característica, esto es, la de ser invasor” (Santos, 2000b, p. 26). Las selecciones de informaciones fragmentadas objetivan comu-

nunicaciones incongruentes, con el objetivo de dispersar y divertir: son contenidos que no comunican, pero infringen valores como el pensamiento crítico. Sin duda, el “lenguaje, verbal, escrito o imaginativo se convierte en instrumento dócil de intencionalidades políticas o intereses ideológicos, hasta el punto de que, independientemente de la voluntad individual de sus actores, toda palabra trasunta una ideología” (Martín-Baró, 1974, p. 210).

El diálogo es intencionalmente acreditado por el poder como valor secundario. Según Martín-Baró (1989a, p. 89), el diálogo es “uno de los temas de más profunda discrepancia”. La desconexión dialogal ocurre por el forjamiento de opiniones falsas y nada representativas del verdadero sentir del pueblo, consistiendo en la realización de la sustentabilidad financiera de una minoría¹⁴, que finge escuchar al otro cuando ya es un hecho la cristalización y convicción de una escucha disimulada y, por lo tanto, cerrada. El grupo humano detentador del poder no comprende y no quiere abarcar el sufrimiento de muchos grupos que están físicamente próximos, pero, al mismo tiempo, ideológicamente distantes de sus intereses hegemónicos. El diálogo se convierte “en un mecanismo táctico en función de los intereses grupales, pero no en un proceso en el que los participantes se comprometieran con sinceridad” (Martín-Baró, 1989a, p. 90). Así que la ausencia de diálogo y las maniobras para que la alteridad sea suprimida hacen del pesado término *infusión* una realidad que impregna la sociología de muchos países llamados “subdesarrollados” hasta hoy¹⁵. Percibamos que “las técnicas de

13. En ese sentido, además de las novelas, en Brasil el fútbol sirve de ocupación a millares de brasileños, que diariamente buscan informaciones sobre el club de fútbol y los jugadores que prestigian y que son tenidos como héroes.

14. El movimiento y la concreción de los intereses minoritarios que se sobreponen a los derechos de la mayoría están mediados por la forma con que es tratada e interpretada la información. Los diversos sentidos delegados en la comunicación orientaron a Martín-Baró (1987, p. 1) para la hermenéutica política de la información, cuando se afirma que “se quiere hacer pasar como opinión pública o demanda popular lo que con frecuencia no representa sino el sentir interesado de una minoría”.

15. En la actualidad, países que recibieron el rótulo de “en desarrollo” o “emergentes” son apenas denominados con un vocablo estéticamente más bonito, porque los países ricos necesitan de ellos cada vez más para mantener su estabilidad financiera. La necesidad del país rico en tornar existente al país pobre es hoy extremadamente manifiesta.

la información son principalmente utilizadas por un puñado de actores en función de sus objetivos particulares (...), profundizando así los procesos de creación de desigualdades” (Santos, 2000b, p. 39).

La destrucción del carácter humano ocurre por intentar convertir la realidad del capital, con toda su brutalidad, en un sistema de vida, trasmutando sus conceptos en íconos para el bien vivir burgués. La minoría que detenta el poder se limita así a “vender como sentir colectivo lo que no pasaba de ser una opción muy particular”, esto es, una “opinión interesada” (Martín-Baró, 1989b, p. 1083). El querer del pueblo está subsumido a una manipulación de su propia opinión pública¹⁶, conformando representaciones e informaciones que confluyen en los intereses de los medios de comunicación dominantes, a costa del bienestar de una mayoría, violando la teórica democracia. Luego, el sentir subjetivo de una minoría se impone de manera invisible. Cuanto menos las personas se ocupen de la injusticia social, más presente estará el pleito popular en otras situaciones cotidianas como, por ejemplo, el deseo de consumir.

Según la ideología neoliberal, la persona ideal es aquella que apenas muestra una parte de sí misma, mientras las otras partes deben ser contenidas, entrañadas y no comunicadas a ninguna persona. De eso resulta que el ser humano se encuentre privado de afectos y descontento, pues es el costo de una identidad adoptada e impuesta por una ideología que lo quiere domesticar. La identidad incorporada es monetaria y es también un código anímico donde, a través de la ventaja financiera y del interés, una parte de las personas construye

su cosmovisión. Esa cosmovisión posee contornos gélidos, formales y mecánicos, y su dinámica se desarrolla remitiendo a una cosmovisión de muerte.

De acuerdo con Martín-Baró (1988a, p. 10), los protagonistas del poder “pretenden crear estados de opinión en favor de sus intereses particulares, haciendo pasar como universal lo que no es más que un juicio muy individual, presentando como colectivo lo que es estrictamente particular”. Subvirtiendo la honestidad de la pluralidad del pensar de los demás, los derechos humanos son prescritos como conductas que corresponden a las que dicta el imperialismo titánico monetario, y vienen consubstanciados en los empresarios que sustentan el privilegio de algunos en detrimento de la inseguridad social de muchos. Luego los derechos humanos significan lo que el poder *define* como derechos humanos¹⁷. No obstante, hay varias interpretaciones negativas de la realidad, donde la palabra solamente puede ser usada para matar expectativas y desmotivar al ser humano. Como afirma Hinkelammert (2002, p. 321), lo que hoy ocurre es “la absolutización de los derechos de las empresas —derechos de propiedad privada— como únicos derechos reconocidos”. Así, lo que Martín-Baró (1987, p. 1) constata en el pueblo salvadoreño se encuadra para millones de latinoamericanos: “No es que los salvadoreños no tengan opiniones sobre los procesos que les afectan; es que no se les pregunta su parecer o se les atribuye lo que, en el mejor de los casos, apenas constituye la opinión de unos pocos. No se trata por lo tanto de un pueblo sin voz; se trata de un pueblo silenciado y, bajo muchos aspectos, amordazado”. Atribuir una opinión y una

16. Los medios de comunicación “se constituyen en espejos de la realidad, su particular forma de reflejar la vida social, su interpretación sobre lo que son los grupos y las personas, los hechos y las cosas” (Martín-Baró, 1988, p. 255). La imagen de los grupos es distorsionada por los medios y reenviada como un hecho que auxilia a definir la producción de nuevas falsificaciones de la información.

17. Al analizar los discursos del presidente José Napoleón Duarte, Martín-Baró (1985b, p. 346) subraya el relativismo con que son tratados los derechos humanos, con una tendencia a cumplirlos por conveniencia ideológica: “Cabe asumir que el peso de la ley es prometido a quien viole los derechos humanos y no a quien acuse al Gobierno de violarlos”.